

# PREGONES

Una dolencia —leve, gracias a Dios— me retiene estos días en cama. Pese a la altura —vivo en una planta doceava— y estar cerrado el balcón, llega hasta aquí el *concierto* del exterior. Dos excavadoras-orugas, que ahondan el sótano de un futuro edificio, imponen sus chirridos de solistas sobre el compacto coro de motores de cientos de automóviles y los tartamudeantes petardeos de las motocicletas. Y así desde que amarece, hasta bien avanzada la noche. Máquinas, tan solo máquinas, mas no oigo la voz de un hombre, la palabra de una mujer, la risa de un niño, el canto de un pájaro...

Como antítesis, recuerdo las calles de nuestro pueblo —al menos en mis tiempos— también ruidosas, mas tan llenas de humanidad y vida, tan en ordenado desorden, que un enfermo crónico, sin salir del lecho, solamente escuchando los pregones de los vendedores callejeros, podía fijar casi con la exactitud de un cronómetro, desde la estación del año a la hora y estado del tiempo.

Por si algún escéptico duda de esta afirmación, acompaño alguno de los slogans publicitarios oídos hace años, y que el lector juzgue.

—¡Ama! ¿Tiene algún paragua c'apañá? ¡Si tiene alguno viejo también lo compro!— En las mañanas lluviosas, no faltan estas gitanas, que, a los pocos momentos de caer las primeras gotas, ya recorren las calles, ofreciendo su servicio de reparaciones (asistencia técnica le llaman ahora). Entonces encontraba natural esta asociación de lluvia y paragueros, más hoy no acierto a comprender cómo estas mujeres, residentes en Murcia o Albacete, aparecían en nuestro pueblo, con más oportunidad y rapidez que los bomberos en un incendio, pues no creo que, cual *cucharones* en charca seca, permanecieran en vida latente, en la Cruz de Piedra, esperando el agua vivificante, ni contasen en la tribu con un precursor de Mariano Medina.

—¿Quiere "monche'as"?— Aprovechando un claro en la lluvia —un ojico de sol— salieron algunos campiñeros a buscar caracoles; luego, sus mujeres los venden de casa en casa. —¿A cómo el plato?— Extraña unidad: *plato*, y su fracción *medio plato*, no homologada por la Comisión Internacional de Pesas y Medidas de París. (Para conocimiento de las nuevas generaciones puedo aclarar que un *plato* son 25 pares de *monchetas*.)

—¡Areneta, chequillas, fresca y hermosa! —vocea por la calle un *agüet* muy *salau*. No añade a su pregón que es *biodegradable reforzada con enzimas* porque aún no llegó la invasión de los detergentes; mas, reforzando su campaña comercial y pensando en las posibles y roñosas compradoras, añade: —¡No freguéis con ceniza!

El verano está próximo. Se escucha un pregón anunciando que en la mesa de Benjamín, de Ricardo, de Silvino... hay sardineta a seis reales el kilo. Puede asegurarse, sin esperar a la *batallá*, que son las doce de la mañana. No hay cámaras frigoríficas y el pescado no puede esperar a

mañana. Ha llegado el momento crítico de las rebajas. Las mujeres van a preparar el yantar y una oferta tentadora puede inclinarlas en favor de la sardineta.

A las cuatro de la tarde salen los *chiquetes* de escuela. (Horario de mis tiempos: de ocho a once de la mañana —pagando un duro mensual se prolongaba la clase hasta las doce—, de dos a cuatro de la tarde.) Hay grupos que marchan al campo y encontraron buenas *ribazás* de espárragos. A la puesta del sol se oirá en la puerta de casa —¿*Quiere espárragos? ¿Compra un manojico?*— y por cuatro o cinco perras te venden un verdadero *garbón*.

Calor. Basca. Son las cinco de la tarde —hora torera—. Tras el sopor de la siesta, el pueblo empieza a espabilarse. Se oye un *carret* en la calle y una voz, un tanto contenida, para no despertar a los que aún duermen. —*¡Agualimóooooon...!*— Jaime, el churrero, alarga la "o", insinuante, tentadora, irresistible. Hay que salir a comprar. *Un vaso de dos perricas*. Aséptico, Jaime, lo enjuaga en un cubo con agua, destapa la heladora, saca de ella un cazo de granizado y con pulso firme, llena el vaso de grueso culo, hasta el *caramull*.

Poco después se oirán voces infantiles —¿*Quiere jarmiles?*— Y para acreditar la calidad de la mercancía añaden —*Son del jarmilero del Hespital*—. Mi padre siempre compra, movido por el perfume del jazmín y la cualidad humana de la empresa vendedora.

Mañana de domingo. Alto, delgado, cetrino, siempre enlutado, llevando del ramal una caballería bien atalajada, vocea este vendedor de Onil: *¡Olives y táperes!* Y de los cuidados barrilitos de madera, que lleva el animal, va sacando —serio, triste— su mercancía. Siempre pensé que era un viudo inconsolable, que se autoconservaba en salmuera y bebía el vinagre de sus pepinillos.

De Canals llegan con sus carros los traperos: —*¡Cambio platos y porcelana por alpargates viejos!*— Otros, añaden: —*¡Pielerooo...!*— Los *alpargates* son también buscados por algunas gitanas que gritan —*¡El juguete del nene y de la nena por los alpargates viejos!*— y ofrecen para el trueque, los tentadores giros multicolores de un *bolaoret*.

—*¡O un úo, siete mil quinientos úos!*—. Son los días de Diciembre, cuando viene es'e vendedor de Lotería, de cuyo pregón —transcrito con toda fidelidad— aprendí que, por un duro, los agraciados con el premio gordo cobran 37.500 pesetas.

Con más potencia y energía, casi como un insulto, exc'ama un vendedor: —*¡Herbolarii!*—. En la espalda, en diversos y ordenados hacecillos, lleva espliego, manzanilla, té de monte, tomillo de la sierra Mariola. (¿Venderá también *bufalaga*, el impetuoso laxante enguerino?)

—*¡Alfafeee...!*—, vocea a las ocho de la mañana el tío Victoriano, y las garbas, recién segadas en el Hondón, muestran su verde oscuro, cubierto por la microscópica pedrería del rocío: parecen decir: —*Comedme*—.

Voy a terminar con tres pregones y una anécdota. De aquellos, el primero no he llegado a escucharlo, pero fue muy popular en los comienzos del siglo. Anunciaba un dulce, cuyo elemento básico era miel muy batida. Lo confecciona, a brazo, una mujer de la calle San Miguel, pero el canal de distribución estaba confiado a su marido y unos *chiquetes*. Los domingos, a las tres de la tarde, se oía: —*¡Vamos a la castañoooleta!*— Y el capitalista que disponía de tres *perricas* compraba una entera (los económicamente débiles, con una *perrica* alcanzaban un *trocet*), chupaba toda la tarde y, terminada la confitura, aún perseguía en los propios dedos el rescoldo del *dolzor*.

A *Maceo* (nombre cargado de nostalgias cubanas) sí lo recuerdo. Emitía un sonido gutural, largo, prolongado, como el mucín de una mezcuita, del que sólo eran inteligibles algunas sílabas aisladas. —*¡...eee...que...teee...peee...leee!*— Mas como todos sabíamos que compraba trapos, nunca se precisó de diccionario, ni de intérprete para la traducción.

Los serenos, por razones que ignoro, hace años que suprimieron el tradicional *Ave María Purísima*, seguido del comprimido Boletín Meteorológico: *Sereno...*, *Nublado...*, *Lloviendo...*, adornado con algún espontáneo taco, cuando se equivocaban.

Concluyo es'os recuerdos con una *pasaica* de Emilio Estrela, la última Voz Pública o Pregonero de Enguera. Emilio —hombre bondadoso— había depositado la ternura de su corazón franciscano en un borriquillo que encerraban en la cuadra del horno de Cristóbal. Cada vez que el pregonero, en cumplimiento de su profesión, pasaba por la puerta de la cuadra, hacía un alto en su función, entraba en tal lugar y le daba un puñado de pienso. Posiblemente Emilio ignoraba las experiencias de Pawlow con un perro, y probablemente el burro también las desconocía, mas éste, pronto asoció los bandos —con o sin *pita*— a las raciones de cebada de Emilio. Una tarde, tras dar Estrela, en la esquina de la calle Gracia, sus tres toques de ordenanza, comenzó con la seriedad y tono imperativo adecuado: —*De orden del señor Alcalde de esta Villa, se hace saber...*— En este instante, de las profundidades de la cuadra referida, brotó un trémolo, que si hiposo y tímido en un principio, serenándose, fue pronto "in crescendo", hasta transformarse en un rebuzno amplio y poderoso, que ahogó totalmente el pregón. Emilio, sin perder la serenidad, hizo —como en el teatro— un aparte en el bando y dijo al jumento —*¡Calla, que ya voy!*—. Se hizo el silencio. Emilio terminó la orden del Alcalde y seguidamente entró a rellenar el vacío pesebre de su interruptor.

Fernando PALOP FILLLOL

Valencia, Agosto 1973.